

El pueblo, de quien los agentes de hacienda rehusaban implacablemente recibir la moneda fabricada en el hotel de las Torrecillas y arrojada profusamente en el comercio, había en fin, aprendido á reconocer las piezas de esa fábrica.

Pronto corrió la voz de que, puesto que solo los cofres de los arrendadores de rentas públicas se habían librado de ese desastre, y que la justicia no había aprehendido á los culpables, era porque el golpe había salido de la corte, caverna siempre abierta que se tragaba incesantemente los sudores de la multitud y los ahorros de las clases acomodadas.

De las quejas, pasaron pronto á las amenazas, y estallaron revueltas parciales. El duque de Orléans se vió forzado á renunciar, si no para siempre, á lo ménos por algun tiempo al honrado oficio que había ejercido durante cuatro meses.

Envió á Papelon la orden de abandonar la empresa, de poner la herramienta en las cuevas y de cerrar el hotel.

Pero eso no tenía cuenta á Papelon, quien no había recibido en moneda de buena ley, mas que una remuneracion insuficiente para satisfacer las escigencias de sus ayudantes y para ser hombre acomodado.

Papelon estaba furioso; juró que tomara razon de ese proceder, y sucediera le que sucediera, haria lo que nadie se había resuelto á hacer.

Un dia que el triunvirato deliberaba en el mismo gabinete del duque de Berry, donde el monedero falso había sido llevado al salir de la prision, fué un uger á decir al duque de Orléans, que un señor muy ricamente vestido, que rehusaba decir su nombre, queria hablarle inmediatamente, porque el asunto que tenia que comunicarle, era de la mas grande importancia para el Estado.

El príncipe iba á responder, cuando entró el desconocido, quien había empujado á los guardias como si hubiesen sido juguetes de niño, y se adelantó orgullosamente con la mano en el pomo de su espada.

Grande fué la sorpresa de la reina y de los duques, cuando reconocieron á Papelon en el pretendido señor.

—Maldito ladron!—esclamó el regente,—te atreves á presentarte ante nosotros sin nuestro permiso?

—Monseñor,—respondió el pícaro atrevido,—como ciertamente me habriais rehusado este permiso, no me quedó mas medio.

—Es mucho atrevimiento,—dijo la reina;—pero perdonaremos á este malvado, si trae buenas noticias.

Isabel estaba aún mas vivamente impresionada que la primera vez, de la buena cara de aquel hombre, quien con el fino trage que se había proporcionado, tenía todo el aire de un gran señor; de ahí es que su voz era tan afectuosa, como la del duque había sido ruda y amenazadora.

—Mi bien amada amiga,—replicó el regente,—opinamos que este hijo del diablo siente no haber sido ahorcado, y viene á pedir que se le haga esta justicia.

—Habeis dicho bien, monseñor,—repitió el antiguo hermano del hotel del Louvre,—y no tengo otra cosa que pedir mas que justicia, y es malo hablar de horca á un servidor leal.

—Perro maldito! Ahora mismo vas á espirar bajo el baston.

—Ni bajo el uno ni bajo el otro, monseñor; porque si no salgo de aquí libre y ágil, como entré, monseñor el condestable d'Armagnac, no dejará de entrar incontinenti y bien acompañado al hotel de las Torrecillas, donde capturará ciertas cosas que parecerian poco edificantes al rey, quien por fortuna goza hoy de salud.

Casi se espantó Isabel al oír estas palabras, porque el conde de quien hablaba Papelon era su enemigo declarado; vivia al lado del desgraciado Carlos VI, quien tenia por él tal afeccion, que no podia sin pena separarse de él ni un instante, y que, en sus momentos de lucidez, le investia siempre de una gran autoridad.

—Mirad un villano mal aconsejado!—esclamó.

—Señora y reina, respetuosamente os requiero y suplico que me juzgueis.

Isabel se aplacó súbitamente, porque sus miradas se acababan de encontrar con las de aquel pícaro atrevido, y sentia que se reavivaba el ardor de sus sentidos, aplacado por los desórdenes de la víspera.

A una señal continuó Papelon.

—Perdonándome la vida, monseñor el duque de Orléans, me prometió que me seria dulce, mediante mi completa discrecion y mi sumision á su voluntad. En nada he infringido dicha voluntad, y hé aquí que sin causa vivo en la ciudad de Paris, olvidándose monseñor, de su servidor. . . . Señora y reina, os pido gracia y merced, y si me condenais, lo tendré por bueno y justo, é iré á la horca con la alegría en el corazon, si me envia á ella una dama tan noble como bella.

Al decir esto, Papelon cayó de rodillas ante Isabel.

Esto era mas de lo que se necesitaba para encender la pólvora.

Isabel apenas se contenia.

—Cuñado,—dijo volviéndose al regente,—Nos hemos sido testigos de las promesas hechas á este buen servidor, y si no las cumplis, queremos suplicaros para que se haga justicia.

—Ah! mal ladron,—dijo el duque, forzado á poner buena cara cuando perdía el juego,—seguramente eres pariente del que envió Dios al Paraiso. Por esta causa te perdonamos, y te otorgamos mil escudos de oro, que te dará hoy nuestro tesorero.

En esto, el duque de Orléans no derogaba sus costumbres, y se mostraba sucesivamente rapaz y pródigo segun las circunstancias y el estado de sus recursos.

Papelon, ántes de levantarse, apoyó sus lábios ardientes en la mano que le tendió Isabel; y salió sin apresurarse, y con toda la gracia de un gran señor de buena fortuna.

Algunos instantes despues, Isabel partió para volver á Vincennes; é hizo bien,

BIBLIOTECA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

porque el rey, quien, como dijo Papelon, estaba en uno de sus dias lúcidos, llegó algunos instantos despues que ella.

Obedeciendo à la influencia del condestable, que lo acompañaba, se manifestó regañon, descontento de todo, y preguntó con dureza à la reina lo que sucedia en la torre de Nesle.

—Querido señor,—respondió Isabel,—en ese lugar no se cuida mas que de la gloria de vuestro nombre y no consentiría yo en otra cosa.

—Es que, señora,—dijo Carlos,—se nos ha asegurado que se dicen cosas estrañas en nuestra capital, respecto de hechos y acciones de nuestro hermano y tío los duques de Orléans y de Berry, y à ningun precio querriamos que vuestro honor fuese ultrajado por semejantes rumores injuriosos.

La reina quiso replicar; pero ya aquella pobre inteligencia había vuelto à las tinieblas, é Isabel se vió libre de esa alarma de un momento, de la que su primer pensamiento fué buscar una compensacion.

Al dia siguiente, Papelon, lleno de alegría por su triunfo, porque le habian sido entregados los mil escudos de oro, se disponia à salir de la capital, de miedo de que su fortuna no se fundiese demasiado pronto en el fuego del sol de sus poderosos protectores, y corria por todo Paris para hacer algunas compras, cuando à la vuelta de una calle se le acercó un hombre, y sin preàmbulo ninguno le dijo:

—Señor, si sois hombre de corazon como lo habeis manifestado serlo en circunstancias recientes, tendréis esta noche una aventura maravillosa.

—Por el diablo!—dijo Papelon, envaneido con su nueva fortuna,—por ahora no estoy por ninguna aventura.

—Hareis lo que gustéis, señor,—respondió el desconocido;—pero siempre os diré, que si quereis, à la hora de la queda, dejaros conducir à un lindo lugar, hallaréis en él à la dama mas gentil del reino, quien por fortuna tiene muchos deseos de distraeros.

Apénas fueron dichas estas palabras, cuando la verdad apareció à los ojos de Papelon; pero tambien desapareció como un relámpago; es decir, que el audaz aventurero se acordó de repente del dulce estremecimiento de la mano de Isabel cuando la había llevado à sus lábios, y que, casi inmediatamente, rechazó esta idea como muy estravagante.

—Y quén me conducirá à ese lugar?—preguntó.

—Yo, si os parece, señor; si aceptais, no os cuideis de lo demas; porque siempre os parecerá que salís demasiado pronto del paraiso donde queremos llevaros.

—Todavía mas!—dijo el ex-hermano del hotel del Louvre.—Decidnos dónde os hallaremos?

—En el prado de los Estudiantes, si no temeis ir allí à esa hora.

—No temo à nadie, señor, y lo haré ver si se ofrece.

El desconocido no dijo mas, y en la misma noche, Papelon, que no era hombre de dejar pendiente un negocio de ese género, le volvia à ver en el prado de los Estudiantes.

Segun hemos dicho, Isabel hacia tiempo que se habia quitado la máscara ante sus dos cómplices los duques de Orléans y de Berry, y era la feudataria de la torre de Nesle, convertida en teatro de sus espantosos desórdenes.

Allí, à pesar de todo su poder, el mismo duque de Orléans no era recibido sino cuando placia à la reina, lo que, como hemos dicho, sucedia frecuentemente, porque esos dos personajes tenian los mismos gustos, la misma depravacion.

Con todo, el duque no sufría à Isabel todos sus antojos, sino porque eran de poca duracion, y porque casi siempre él era su confidente y su cómplice.

Pero le importaba mucho que esa muger no pasase de allí, que no contragese ninguna relacion seria, porque eso podria perjudicar al poder que dividia con ella.

Habia sorprendido las miradas cambiadas entre ella y el monedero falso; habia visto el estremecimiento de Isabel, y como supiese lo que eso significaba, se habia alarmado, porque no le parecia que Papelon fuese uno de esos juguetes ordinarios que se arrojan al suelo y se rompen despues de haberse divertido con ellos un instante.

Habia, pues, hecho espiar à aquel hombre, resuelto à hacerle desaparecer, en caso de que el capricho de la reina tuviese las consecuencias que temia.

Papelon era capaz de todo, ménos de faltar à su palabra, y no dejó de acudir à la cita à la hora señalada.

—Seguidme, señor,—dijo el último, y no temais tener que hacer un largo tránsito.

Los dos llegaron à la orilla del Sena, donde les esperaba un batel, el que, en cuanto entraron, se dirigió à la torre de Nesle.

Papelon estaba violentamente conmovido, porque le habia vuelto el pensamiento que àntes habia desechado, y el camino que seguia le fortificaba en él mas y mas.

Por resuelto que estuviese, la idea de ser el amante de una bella y poderosa reina, le turbaba, y sin perder nada de su energía, era presa de una ansiedad que hasta entonces le habia sido desconocida.

Llegaron à la puerta del agua.

Papelon fué introducido en aquel lugar maldito, como desde hacia un siglo habian sido introducidos tantos otros; y bien pronto, en el aposento donde le dejaron solo, apareció Isabel.

Lo demas se adivina.

Pero todo eso no se habia hecho sin que el duque de Orléans no lo supiese.

Sus temores se habian acrecentado, y eran demasiado fundados; porque por una estrañeza singular, la reina se habia enamorado realmente del monedero falso.

Y esto no era un capricho, sino una pasion profunda y verdadera.

Un poco antes de amanecer, salió Papelon de la torre, despues de haberse empeñado en volver à la misma hora que la vispera.

Desde entonces cesaron las orgías: aunque el duque de Orléans era el amante titulado, no pudo sino muy rara vez, usar de los derechos que le concedía esa validez.

—Mi muy querida amiga,—dijo un dia á Isabel,—sabeis que no soy hombre que turbo vuestros placeres; pero no puedo resolverme á perder vuestro afecto y á veros tan apegada á un miserable. Os ruego que volvais á vuestras alegres costumbres, y volveré à ser para esto el ministro de vuestras voluntades.

Esto desagradó mucho á la reina; porque Papelon, en vez de perder terreno, lo adquiría cada dia.

Isabel le habia hecho uno de sus escuderos, y casi nunca se separaba de ella.

—Duque,—respondió al regente,—no son negocios de Estado en lo que tenemos que entendernos. Haced en ese punto lo que querais, y no os molestaré, como no quiero ser molestada.

—Querida reina, no quereis pensar en la bajeza de ese hombre?

—Y no tenemos poder para elevarle? Con todo, no lo harémos sino con medida, para no alarmaros, y á fin de que continuemos siendo buenos amigos, no teniendo que perder ni uno ni el otro.

Estas palabras no eran bastantes para satisfacer al regente.

No insistió, conociendo que no ganaría nada; pero no por eso abandonó su resolución de acabar con esas relaciones, cuyas consecuencias le parecían mas y mas terribles.

Una mañana, Papelon, quien acababa de separarse de la reina, bajaba la escalera de la torre con el fin de salir, segun su costumbre, por la puerta del agua, y tomar por los edificios nuevos llamados *Residencia de Nesle*, donde tenia su alojamiento, sin verse obligado à atravesar el hotel.

Cuando llegó à la sala baja, dos hombres que parecían esperarle al paso, cayeron sobre él con pica en mano.

Apénas tuvo tiempo de hacerse á un lado y de sacar su espada para detener los primeros golpes.

—Atrás, asesinos!—esclamó, porque si me obligais à pedir auxilio, os perderéis sin remedio!

Aun no habia acabado de hablar, cuando un violento golpe de pica atravesó sus vestidos desviándose por sus costillas.

Papelon asió el cabo de la arma, y con un golpe de su espada derribó al hombre que la tenia.

Pudiendo entonces medirse con armas iguales con su adversario, cargó vigorosamente, y con un golpe mortal le envió à caer al dintel de la puerta, en el momento en que se abría para dar paso à otros dos asesinos armados como los primeros.

Sin darles tiempo de entrar, el intrépido escudero se precipitó sobre ellos à fin

de no tener mas que uno con quien combatir de frente, y despues de haber derribado à los dos, se lanzó hácia la puerta del agua, y saltó en la barca que le esperaba.

Papelon se habia salvado; pero este acontecimiento le reveló que tenia un enemigo poderoso.

Quiso conocerle, y algunas horas despues, referia á la reina lo que habia sucedido, declarándole que, si se quedaba impune el que habia hecho atentar contra su vida, saldria inmediatamente del reino.

Miéntas que el escudero hablaba, los ojos de Isabel chispeaban de furor.

—Quédate y no te espantes mas,—le dijo;—porque si no tienes una pronta satisfaccion de seguro que la tendrás completa.

Isabel adivinó fácilmente de donde venia el golpe, y desde entonces resolvió la pérdida del duque de Orléans.

X.

Rivalidad de los duques de Orléans y de Borgoña.—Intervencion del duque de Berry.—Entrevistas secretas de Isabel de Baviera y del duque de Borgoña en la torre de Nesle.—La comunión y el festin.—Asesinato del duque de Orléans.—Papelon y sus cómplices.

Ante todo, digamos qué clase de hombre era Juan-sin-Miedo, duque de Borgoña, de quien vamos à ocuparnos largamente.

“Juan-sin-Miedo, dice Michelet, (*compendio de la historia de Francia*), tenia mas ambicion que el duque de Orléans.

“Se creía mas poderoso aún que su padre muerto en 1404.

“Uno de sus hermanos era duque de Limburgo y de Bravante, el otro conde de Nevers.

“De sus tres hermanos, la princesa estaba casada con el hijo del conde de Hainaut, la segunda con Federico de Austria, y la tercera con el duque de Saboya.

“Todo este poder le animaba para cometer la mas grande empresa que hubiese entonces, la que inmortalizó al gran Guisa; recobrar Calais del poder de la Inglaterra. La expedicion, por falta de dinero, salió mal en 1406.